

**ESPAI D'OPINIONS****Nº8****Antoni Tarabini-Castellani****Sociòleg****Fundació Gadeso****NUESTROS JÓVENES, ASIGNATURA PENDIENTE**

Se supone, no sé si es mucho suponer, que la juventud se caracteriza por ir consolidando su propia autonomía personal, económica, profesional..., sin la necesidad de romper ningún lazo vital con su entorno familiar. Es lo que se denomina el proceso de emancipación. En el número 183 de Quaderns Gadeso (febrero 2011) se publica un retrato de nuestra juventud con un título preocupante: "Nuestros jóvenes: la deseada y difícil emancipación". En cualquier caso, los números no son más que cifras. Lo importante es saber interpretarlos y situarlos en sus contextos. Puede leerse en la citada revista que un 37,7 por ciento de los jóvenes de nuestra comunidad comprendidos entre los 16 y 29 años están emancipados. Este porcentaje, en si mismo, es altamente positivo, y lo es más si lo comparamos con el conjunto de España (27,1 por ciento). Pero situemos estas cifras en el contexto concreto de nuestra comunidad.

Uno de los factores que determinan los índices de emancipación es la autonomía referente a la vivienda, sea en régimen de alquiler o de propiedad. Llama la atención que un tercio de nuestros jóvenes viven en régimen de cesión de su vivienda habitual, cuya propiedad normalmente es de sus padres o parientes próximos. Este porcentaje es muy superior a la media española. En los tiempos de vacas gordas no resultaba difícil acceder a un crédito hipotecario cuyas cuotas mensuales los padres podían hacer frente con relativa facilidad. Pero ahora, en tiempos de crisis, la situación ha cambiado radicalmente.

Muchas familias tienen auténticas dificultades para hacer frente a su propia hipoteca (basta leer los índices de impagos) con toda la angustia que supone. Por pura lógica, las familias que gozan de propiedad de su vivienda habitual, pueden tener dificultades para hacer frente al piso que usa su hijo en régimen de cesión y que sean obligados, como mínimo, a intentar alquilar tal piso. Pero hay más. Un 55 por ciento de nuestros jóvenes viven en régimen de alquiler. El precio medio de alquiler ronda los 500 euros, mientras el precio máximo tolerable es aproximadamente de 325 euros. Situación insostenible, conside-

rando la situación laboral actual, La consecuencia, entre otras, es el alto índice de jóvenes que se ven obligados a regresar al hogar paterno/materno.

Si analizamos la situación de nuestros jóvenes en el mercado laboral, podremos deducir consecuencias muy preocupantes. Hasta hace escasamente dos/tres años resultaba fácil encontrar trabajo sin tener ninguna formación específica. No en vano una parte relevante de nuestra economía productiva se basaba en mano de obra intensiva sin exigencia de cualificación. Hoy la realidad es otra. De los jóvenes activos en el mercado laboral, un 26,6% están paro, y la mitad de los que trabajan lo hacen con contratos temporales o precarios. Y aún hay más: un colectivo de 25.114 jóvenes de nuestra comunidad están en un preocupante limbo, sin estudiar ni trabajar. Es posible que tengan un empacho de cifras y porcentajes, pero, junto con otras informaciones incluidas en Quaderns Gadeso, resulta evidente que la emancipación de nuestros jóvenes es difícil, a pesar de ser deseada. Hasta aquí un diagnóstico de situación. Si hemos acertado, resultará más fácil y eficaz diseñar y poner en práctica políticas, léase planes operativos y evaluables, dirigidas a reorientar la situación actual de los jóvenes y abrirles expectativas de futuro. La tarea no es fácil. Sin duda es básica la iniciativa de las administraciones públicas. Pero no es suficiente. Se necesita la complicidad y la movilización activa de los agentes económicos, empresariales y sociales, y también de los entornos familiares. Parece que los jóvenes son un objetivo prioritario Desde el gobierno central y desde nuestro gobierno autonómico han emprendido políticas activas de reactivación, regeneración y de inserción laboral y social... Se centran básicamente en planes de formación que incluyen (o deberían incluir), además de conocimientos profesionales, el acceso a herramientas tecnológicas y la creación de hábitos y valores personales y cívicos. Tales planes deben afectar a la educación reglada (formación obligatoria, FP...) y a la no reglada (jóvenes en paro, registrado o no). Se dirigen también a colectivos que no estudian ni trabajan ciertos estímulos económicos y posibilidades de inserción laboral eficaz.

El objetivo es ambicioso, pero difícil, y, en cualquier caso, necesario. Nos jugamos el presente y el futuro de los 200.000 jóvenes entre los 16 y 29 años que viven en Balears.